

Por tierra, La Noue se había apoderado de Marans, Luçon y Sables-d'Olonne; Puy-Gaillard, que mandaba los católicos, fué sorprendido cerca de Luçon y perdió dos magníficos regimientos de infantería (15 de junio); y después de esta victoria, Niort, Brouage y Saintes se rindieron y Puy-Gaillard fué á encerrarse en Saint-Jean-d'Angely.

Catalina veía como renacía en el Oeste, en Provenza, en el Delfinado, en el Langüedoc y en el Bearn un partido que ella creía aniquilado. Por otra parte, su política matrimonial no le daba mejores resultados que la guerra: Felipe II, como jefe de la casa de los Habsburgos, había arreglado á su antojo la cuestión de los matrimonios, quedándose para él con la mayor de las archiduquesas y dejando la menor á Carlos IX, y para marcar mejor la diferencia de categorías, el contrato de boda del rey de Francia se había firmado un cuarto de hora después que el del rey de España. La reina madre creía asimismo que Felipe II había impedido el casamiento del rey de Portugal con su hija, Margarita de Valois, que ahora prestaba oídos á las galanterías del joven duque de Guisa. El cardenal de Lorena soñaba tal vez con casar á su sobrino con la hermana de Carlos IX. La jactancia de los Lorena exasperó á Catalina, y Margarita, en su consecuencia, fué objeto de malos tratos: una mañana el rey y su madre la llamaron y cuando compareció se le echaron encima, la golpearon y desgarraron sus vestidos. Carlos IX quería hacer dar muerte al duque de Guisa, quien se vió obligado á declarar su próximo matrimonio con Catalina de Cléveris. El cardenal abandonó la corte; y la influencia de los jefes del catolicismo intransigente quedó destruída.

El día 14 de julio firmóse un armisticio con los protestantes y dos semanas después la paz era un hecho: El Edicto de pacificación concedió á los reformados la libertad de conciencia en todo el reino y el ejercicio público de su culto en todos los lugares en donde se había practicado antes de la guerra, en los arrabales de dos ciudades por gobierno y en las mansiones de los señores justicias mayores; además los protestantes obtuvieron por dos años cuatro ciudades de seguridad, La Rochela, Montaubán, la Charité y Cognac. El rey abogaba por sus buenos parientes y amigos el príncipe de Orange y Ludovico de Nassau, esos dos súbditos rebeldes de Felipe II que habían apoyado á mano armada á sus correligionarios franceses. Los vientos habían cambiado; la alianza española y la causa católica estaban comprometidas, y el propio duque de Anjou prometió guardar la paz de Saint-Germain.

CAPÍTULO IV

LA MATANZA DE SAN BARTOLOMÉ (1)

I. La cuestión de los Países Bajos. — II. Carlos IX entre Catalina y Coligny. — III. Las matanzas

I.—La cuestión de los Países Bajos

Un medio había tal vez de que los franceses se reconciliaran: una guerra nacional contra un enemigo

(1) FUENTES: *Lettres de Catherine de Médicis*, IV. Teulet, *Corrés. de la Mothe Fénelon*, III-V y VII. Charriere, *Négocia-*

extranjero. Los católicos de buena gana habrían atacado á la reina Isabel que tenía prisionera á María Estuardo, pero Catalina de Médicis, menos sensible á los infortunios de su nuera que á las injurias de Felipe II, acogió las proposiciones que desde Inglaterra se le hicieron. Dos jefes protestantes que allí se habían refugiado, el cardenal de Chatillón y Juan de Ferrieres, se habían propuesto, en interés de su patria, unir á Francia y á Inglaterra contra España, y esta política de alianza fué presentada bajo la forma de casamiento entre Isabel y el duque de Anjou. Catalina sospechaba que Isabel se proponía únicamente desviar las simpatías que en Francia excitaba la desgraciada reina de Escocia, á pesar de lo cual la proposición halagaba sus aficiones de eterna casamentera. El vidamo de Chartres, hombre de gran imaginación, deducía, con soberbia confianza, las prodigiosas consecuencias de aquella

tions de la France dans le Levant, III, 1853. «Coll. Doc. inédits.» Desjardins, *Négociations diplomatiques de la France avec la Toscane*, III, «Coll. Doc. inédits.» Alberi, *Relazioni dagli ambasciatori Veneti al Senato*, 1.ª serie, IV. Groen van Prinsterer, *Archives de la maison de Nassau*, 1.ª serie, III, 1836, y Suplemento, 1847. Gachard, *Correspondance de Philippe II sur les affaires de Pays-Bas*, II, 1851. Piot, *Correspondance de Granvelle faisant suite aux papiers d'Etat*, IV, 1884. *Mémoires et ambassades de Walsingham*, Amsterdam, 1700, y más completamente en Digges, *The Compleat Ambassador*, 1665. Monseñor Douais, *Dépêches de M. de Fourquevaux, ambassadeur du roi Charles IX en Espagne*, 1565-1572, tomo II, 1900. L. Didier, *Lettres et négociations de Mondoucet, résident de France aux Pays-Bas*, I, 1892. *Registres des Délibérations du Bureau de la ville de Paris (1568-1572)*, VII, editado y anotado por Bonnardot, 1893. Las cartas de Corbinelli publicadas por Pio Rajua, *Jacopo Corbinelli e la strage di S. Bartolomeo*, 1898. *Mémoires de l'Etat de France sous le Roy Charles IX depuis le troisieme Edict de pacification fait au mois d'aoust 1570 jusques au commencement du règne de Henry III*, 1578, I. El relato de Juan de Olaegui publicado por Gachard, «Bulletin de l'Accademie royale de Belgique», XVI, 1.ª parte, 1849. Hungerbühler, *Zwei Kabinetsstücke über die Bartholomäusnacht*, Saint-Gall, 1858. T. de Liebenau, *Documents relatifs à la Saint-Barthélemy*, «Indicateur d'histoire suisse», 1876. *Mémoires de Tavannes; de Marguerite*, publicadas por Guessard, «Soc. Hist. France», 1842; *du duc de la Force*, publicadas por el marqués de La Grange, 1843, I; *de Mergesey*, «M. et P.», IX. *Mémoires des sages et royales Oeconomies d'Etat*, de Sully, Amsterdam (1638). *Mémoires de Madame Du Plessis-Mornay*, publicadas por Mme. de Witt, «S. H. F.», 1868, I. *Mémoires de Luc Geiskofler, tyrolien*, traducidas por Eduardo Fick, Ginebra, 1892. *Discours du roi Henry III à un personnage d'honneur*, «Memoires d'Etat», de Villeroy, II, 1625. *Mémoires et correspondance de Du Plessis-Mornay*, 1824, II. De Thou, *Histoire universelle*, 1734, VI. D'Aubigné, *Histoire universelle*, Ruble, «S. H. F.», III, 1889. *Correspondance de Mandelot, gouverneur de Lyon avec Charles IX et Enry III*, Monfalcon, «Histoire monumentale de Lyon», II. *Archives curieuses*, de Cimber y Danjou, 1.ª serie, VII. Papiro Masson, *Historia vite Caroli Valesii Galliarum regis ejus nominis noni*, ed. «Le Laboureur des Mémoires de Castelnaud», 1731, III.

OBRAS DE CONSULTA: Abel Desjardins, *Charles IX; deux années de règne*, 1873. De La Ferrière, *Le XVI^e siècle et les Valois*, 1879. Theiner, *Annales ecclesiastici*, I, 1856. Baumgarten, *Vor der Bartholomäusnacht*, 1882. Soldan, *La France et la Saint-Barthélemy* (trad. Schmidt), 1855. Bordier, *La Saint-Barthélemy et la critique moderne*, 1879. Loiseleur, *Trois énigmes historiques. La Saint-Barthélemy...* 1883. F. Combes, *Les présidents Lagebaton et Daffis ou Bourdeaux pendant la Saint-Barthélemy et la Sainte-Ligue*, «Lectures historiques», II, 1885. Fomeron, *Histoire de Philippe II*, 1881, II. D'Aumale, *Princes de Condé*, II. Delaborde, *Coligny*, III. Bagnenault de Puchesse, *Jean de Morvilliers, évêque d'Orléans, garde des sceaux de France*, 1870. Froude, *History of England*, 1887, IX-X.

unión: «Monseñor (el duque de Anjou) podría con fuerzas del rey, ayuda de Inglaterra y medios del príncipe de Orange, conseguir la confiscación de la Flandes, por derecho de feudalidad, por felonía cometida.» De este modo, «la casa de Austria, que se edificó con el imperio hereditario y la monarquía, encontraría en un instante dos hermanos, reyes tan poderosos el uno como el otro, como contrapeso de su ambición, coligados con los príncipes protestantes de Alemania, y

fríamente á sus insinuaciones. El almirante se había retirado á la Rochela y declinado, como los grandes señores de la religión, el honor de asistir á la boda de Carlos IX, que se celebró en Mezieres el día 26 de noviembre de 1570. Todos estaban alerta y no había grandes probabilidades de que Juana de Albret aceptara el proyecto concebido por Catalina, después de la negativa del rey de Portugal á casar á su hija Margarita con Enrique de Navarra.



El papa Pío V

estos dos hermanos tendrían más parte en el imperio» que ella. Había en Europa con qué dotar á todos los príncipes de la familia real. «La porción de Monsieur d'Alençon (el hijo menor de Catalina) sería fácil de encontrar en el ducado de Milán con el favor de Alemania,» de los suizos también y de los príncipes italianos devotos de Francia, y si necesario fuese para el recobro del reino de Nápoles, resultaría además muy á propósito el favor del Turco.» De esta suerte «la reina tendría el gran placer de ver á todos sus hijos reyes;» entonces sería fácil la reforma, hecha en un concilio general, de todos los abusos introducidos «por la ambición y avaricia de la Iglesia romana.» «En Francia, en Alemania y en Inglaterra, se introduciría un orden y policía de religión y unidad de doctrina que todas las demás provincias de la cristiandad se verían obligadas á abrazar y acabarían las discordias entre los súbditos y sus príncipes...»

Los ensueños de Catalina no llegaban tan alto: el casamiento inglés la seducía, pero para que se realizara era preciso que se reconciliara con los protestantes franceses, y Coligny y Juana de Albret respondían muy

De pronto entró en escena un nuevo personaje. Hasta entonces Carlos IX sólo había sido rey de nombre; su madre gobernaba y su hermano mandaba el ejército; y si había manifestado algún deseo de gloria militar, en cambio nunca le habían interesado, al parecer, los negocios de Estado. Consumía toda la energía de su juventud en cazas furiosas al través de los bosques, ora porque le gustara ensayar su vigor, ora porque le causara placer la vista de las piezas despanzurradas; y en el Louvre, convertido de cazador en herrero, batía el hierro con ardor. Era un tímido y un débil acostumbrado á obedecer á su madre, con los sobresaltos y las rebeldías de una naturaleza apasionada.

Tenía veinte años y comenzaba á sentir el deseo de desempeñar un papel; los negocios de Italia le dieron ocasión de realizarlo. El papa Pío V había elevado á Cosme de Médicis, soberano de Florencia, á la dignidad de gran duque (1), de lo que protestaron Maximi-

(1) Pío V nombró á Cosme gran duque de Toscana el 27 de agosto de 1569 y le coronó solemnemente en el Vaticano el 18 de febrero de 1570. A. von Reumont, *Geschichte Toscana's...* I, 243, 1876.

liano II en nombre del imperio y Felipe II como soberano de Nápoles y de Milán. Estas protestas adquirieron un carácter tan amenazador, que Cosme envió á Alemania un agente, Fregose, encargado de proporcionarle el apoyo de los príncipes protestantes contra la casa de Austria. Recibido fríamente en Heidelberg, Fregose pasó á Francia y fué á la Rochela en busca del hermano del príncipe de Orange, Ludovico de Nassau, que se había instalado allí para organizar las operaciones de los mendigos de mar contra la marina española, y juntos elaboraron un proyecto de alianza entre Carlos IX y el nuevo gran duque. Taligny, negociador del almirante cerca de la corte de Francia, puso al corriente de aquellas conversaciones de la Rochela al rey, el cual acogió con gran júbilo la idea de una acción común contra España y quiso que el embajador florentino Petrucci comenzara las negociaciones. En la audiencia secreta que le concedió apremióle para que escribiera á su soberano diciéndole de su parte que le apoyaría contra todos sus enemigos y que no deseaba ningún engrandecimiento en Italia, sino que sus miras estaban puestas únicamente en Flandes.

Aquel acto era la primera manifestación de una voluntad que tendía á emanciparse; de aquí la prisa que tenía porque el asunto se llevara adelante; de aquí también la impaciencia que le causaba la reserva de Petrucci, pues no admitía que nadie se mostrara frío en un negocio que á él tanto le entusiasmaba. Declaraba que le sería fácil conquistar á su madre, pero se escondía cuidadosamente de ella. «Mi madre es demasiado tímida,» decía un día á Petrucci. La meta de su iniciativa era la ruptura con España, y quizás esperaba llevar las cosas tan lejos que Catalina se viese obligada á aceptar los hechos consumados.

Los intereses de la reina madre la inducían á favorecer esta intriga que ignoraba. Hallábase entonces consagrada por entero al matrimonio de Navarra y al de Inglaterra; pero encontraba una resistencia que no había esperado en el duque de Anjou, el cual creía que se «deshonraría» si se casaba con una mujer cuya reputación estaba tan comprometida. Desesperada al ver que se le escapaba aquella corona, pensó en substituir al de Anjou por su otro hijo el duque de Alenzón; mas temía que Isabel lo encontrara demasiado pequeño y demasiado joven. Al fin el duque de Anjou se decidió. Catalina habría querido que la boda se celebrase á raíz de haberse anunciado; los ingleses, sin embargo, no tenían tanta prisa, é intransigentes en materia de religión, se negaron á conceder al futuro esposo el ejercicio público ó privado del catolicismo. En el fondo, Isabel no tenía gana ninguna de casarse, pero le convenía aproximarse á Francia y no le desagradaba añadir un nombre á la lista de sus pretendientes. Su coquetería daba cierto aspecto de candor á los cálculos de su política; mostrábase remilgosa y decía ser indigna de casarse con un hombre tan joven, para que le dijese que en ella no habían hecho mella los años. Virtuosa á pesar suyo, pero dotada de una imaginación sensual é impura, gustábasele rogar á los hombres hasta mentalmente, mas pronto se ponía sobre sí cuando su interés lo exigía y su voluntad vencía su temperamento y su vanidad. En los comienzos mismos de las negociaciones, calculaba que la imposibilidad de armonizar el catolicismo del preten-

diente con las susceptibilidades protestantes de su pueblo le permitiría verse libre de aquella aventura. No iba por mejor camino el matrimonio de Navarra; Juana de Albret no hacía caso de las proposiciones de Catalina, y como Ludovico de Nassau era el único que tenía influencia bastante sobre la reina de Navarra para hacerle cambiar de parecer, la reina madre se encontraba en el caso de desear, lo mismo que su hijo, atraerse á aquel enemigo de España.

Ludovico de Nassau, solicitado por ella y seguro del apoyo del rey, proponíase plantear la cuestión de la intervención francesa en los Países Bajos, á cual efecto partió de la Rochela y se dirigió al castillo de Lumigny, en donde tuvo una primera entrevista con el rey y con su madre (19 de julio de 1571), á quienes volvió á ver con el mismo misterio pocos días después en Fontainebleau. Ludovico suplicó á Carlos que examinara las quejas de aquellas desgraciadas poblaciones de los Países Bajos, tiranizadas por los españoles y traicionadas por el emperador, que tendían hacia él sus manos; y le dijo que si su conciencia le permitía abrazar su causa, la ruina de los opresores era cierta, pues en cuanto se aproximara un ejército, la mitad de las ciudades se declararían contra el duque de Alba. El concurso de Isabel y de los príncipes protestantes de Alemania no era dudoso con tal que Francia consintiera en repartirse con Inglaterra y con Alemania aquellas provincias.

El rey contestó que si estuviera seguro de aquellas alianzas se consagraría de buena gana á tal empresa; pero las promesas que en secreto hacía á Ludovico excedían de mucho á las declaraciones que se permitía formular delante de su madre. Carlos y el de Nassau convinieron en que Strozzi hiciese con la flota real una demostración naval encaminada á inquietar á Felipe II; y hasta es posible que Catalina se sintiera por un momento seducida y que su ambición acallara, á lo menos durante algunos días, su prudencia y sus temores. En una carta que, en 2 de agosto de 1571, escribía al señor de Noailles, obispo de Dax y embajador en Constantinopla, lamentábase de que el duque de Anjou hiciera con tan poco interés la corte á la reina de Inglaterra y se quejaba «de que no hay aquí nadie que le haya podido hacer entender lo que es la grandeza que este matrimonio podría procurarle y la amistad del príncipe de Alemania para llegar al imperio y á la conquista de los Países Bajos.»

Coligny consideró aquel momento tan decisivo que resolvió acercarse á la corte y encargó á Petrucci que manifestase á la reina madre el deseo que tenía de ofrecerle sus humildes servicios para asegurar la pacificación del reino. Las condiciones para una inteligencia quedaron fácilmente determinadas; el almirante prometía restituir al rey las plazas de seguridad y hacía protestas de su deferencia y de su respeto á la reina madre.

Coligny llegó á Blois el 15 de septiembre, y cuando el rey y él se encontraron frente á frente, ambos palidieron. La reina madre le recibió afablemente, mas cuando el almirante se adelantó para besar las manos á Isabel de Austria, esposa de Carlos IX, esta niña de diez y siete años se ruborizó y se negó á aceptar sus homenajes. El duque de Anjou no dispuso mala acogida á su adversario, y después del embarazo de los primeros momentos, establecióse entre todos la confianza,

pues el almirante se mostró hábil cortesano. Catalina declaraba que quería olvidar el pasado y que si Coligny se portaba bien «le abrazaría y le haría toda clase de favores.» Coligny entró en el Consejo, recibió un donativo de 150.000 libras y, aunque hereje, se le concedió una abadía que rentaba 20.000 libras anuales. Su satisfacción era grande y no la ocultaba, pero podía advertir que la situación era delicada. La reina madre sentía impaciencia por concertar la boda de su hija con el príncipe de Navarra y por recobrar las plazas de seguridad antes del plazo fijado por el tratado de Saint-Germain, según Coligny le había prometido; éste se excusaba diciendo que nada podía resolver sin la autorización de los príncipes, á lo que Catalina replicaba que no creía tal cosa, puesto que los príncipes hacían todo lo que él quería. Un día en que la reina madre manifestaba su deseo de ver á Juana de Albret en la corte, escapóse al almirante decir que la reina de Navarra, para disuadirle de presentarse en ella, había querido asustarle con el temor de alguna emboscada y que, por consiguiente, se mostraría aún más circunspecta cuando se tratara de su propia persona. «Vos y yo—repuso Catalina—somos demasiado viejos para engañarnos el uno al otro. Vos sois quien más debéis desconfiar de él (el rey). ¿Acaso puede ella creer que el rey quiere aliarse con su hijo para hacerla morir (1)?»

En lo que más discordes estaban Catalina y Carlos IX era en la política exterior: la reina madre era pacífica intransigente; el poderío de la casa de Austria ejercía sobre ella una especie de fascinación, y en el sentimiento que Felipe II le inspiraba, había odio, envidia, admiración y respeto, y por esto si bien procuraba crearle dificultades, temía atacarlo de frente. Enteróse de la intriga florentina por las manifestaciones de gratitud y la negativa del gobierno de Florencia, y encantada del fracaso de aquel primer acto de su hijo, ensalzó la política de Cosme y Francisco de Médicis y su lealtad á los intereses de Francia. «Fijaos bien, dijo al rey, y ateneos á su consejo de vivir en paz y de ordenar vuestro reino, porque esto es santo y bueno;» y Carlos, poniendo la mano derecha sobre su corazón, juraba á su madre que jamás haría guerra ni acometería empresa alguna á espaldas de ella.

Algunos días después llegaba la noticia del combate de Lepanto: la flota que el papa, los venecianos y Felipe II habían armado contra el sultán, había destruido la flota turca (7 de octubre de 1571), y el imperio del Mediterráneo pasaba, á lo menos por algún tiempo, á manos de las potencias católicas. El rey de España dominaba en el mar como en tierra y por ende no era ocasión propicia para provocarle. Los hechos parecían dar la razón á Catalina, pero ésta necesitaba demasiado á los jefes protestantes para alejarlos; Ludovico de Nassau le servía de intermediario en el matrimonio de Navarra, y por esto le trataba con mucho mimo. Ludovico llamaba continuamente la atención del rey sobre los asuntos de los Países Bajos, y Coligny seguía siendo objeto de las mayores consideraciones. El mismo embajador florentino encontraba que la corte se mostraba demasiado complaciente con los herejes y que se vería obligada á volverse atrás.

(1) Desjardins, *Négociations diplomatiques de la France avec la Toscane*, III, pág. 722.

Los jefes protestantes ofendían imprudentemente las pasiones populares. Durante la guerra, el Parlamento había condenado á muerte á dos ciudadanos hugonotes, los hermanos Gastine, en cuyo domicilio celebraban su culto los protestantes; y sobre el sitio en que se alzaba la casa, que había sido arrasada, había hecho construir «una alta pirámide con una cruz en el vértice.» Coligny, invocando el artículo 32 del tratado de Saint-Germain, pidió la demolición de aquella cruz, y como la población estaba resuelta, á pesar de las órdenes del rey, á conservar aquel monumento, una noche empleáronse varios centenares de hombres en deruirlo. «A la mañana siguiente, el populacho acudió allí furioso, quemó una casa vecina y asesinó á un cerrajero;» y «hubo tal tumulto que el Palacio (de justi-



Medalla conmemorativa de la batalla de Lepanto

cia) estuvo cerrado todo el día (diciembre de 1571).»

Con estas complacencias compraba la corte el consentimiento de la reina de Navarra al matrimonio de su hijo. Al fin Juana de Albret se decidió á ir á Cheneceaux para discutir con la reina madre las cláusulas del contrato. Ludovico de Nassau, por su parte, se valía de toda su influencia sobre el rey para empeñarle cada vez más en los asuntos de los Países Bajos.

En Nantes y en Burdeos, Strozzi y el barón de la Garde transformaban los barcos mercantes en buques de guerra, circulando los más extraños rumores acerca del destino de esta escuadra. El hecho de que la firma del contrato (11 de abril de 1572) coincidiera con estos armamentos tenía alarmados á los españoles; el duque de Alba tomaba sus medidas y el gobierno francés, á su vez, se inquietaba por las precauciones que había provocado y ordenaba á todos los gobernadores de frontera que vigilasen.

Carlos IX parecía nuevamente dominado por las grandes ambiciones. Los mendigos de mar, que hasta entonces habían encontrado asilo en los puertos de Inglaterra y habían sido recientemente expulsados de ellos á instancias del duque de Alba, sorprendieron la ciudad de Brielle, en la desembocadura del Mosa (1.º de abril de 1572), y allí se hicieron fuertes. Entonces las ciudades de Zelandia expulsaron sus guarniciones españolas y la agitación se propagó á las otras provincias, todo lo cual parecía confirmar el juicio formulado por Ludovico acerca de la fragilidad de la dominación española. El proyecto de intervención en los Países Bajos hacía numerosos prosélitos en la corte de Francia. Los Montmorency, que por odio á los Guisa se habían aproximado á Coligny y á los protestantes, apremiaban para que se llegara á una inteligencia con Inglaterra, y el mariscal de Montmorency fué á Londres con objeto de fir-

mar con Isabel un tratado de alianza defensiva (29 de abril de 1572). «Sé, escribía Petrucci, que el rey ha resuelto algo contra la voluntad de su madre y que ha dado órdenes» (carta escrita del 17 al 20 de abril de 1572).

Strozzi partió para Burdeos, en donde había de embarcarse con seis mil arcabuceros, «la flor de la infantería francesa»; los principales hidalgos del reino le acompañaban. La flota llevaba palas, azadones y otros instrumentos agrícolas como si se tratase de ir á fundar alguna lejana colonia; pero esto era sólo para engañar y para disimular el verdadero objeto de la expedición. «Sabréis, escribía en 11 de mayo el rey á su embajador en Constantinopla, y se lo comunicaréis al dicho Gran Señor, que he hecho equipar en los puertos y abras de mi reino un buen número de buques, de modo que he montado un ejército de mar de doce ó quince mil hombres que estará dispuesto á hacerse á la vela para donde se querrá, á fines de este mes, con la intención de preocupar al rey católico y de infundir ánimo á esos mendigos de los Países Bajos á fin de que se agiten y acometan empresas, como ya lo han hecho, habiendo tomado toda la Zelandia y conmovido en gran manera la Holanda.» «Todos mis caprichos, añade el joven rey, están calculados para oponerse á la grandeza de los españoles y pienso conducirme en esto lo más diestramente que me será posible.»

Algunos días después, Luis de Nassau salía secretamente de París, provisto de diez mil francos y de una carta fechada en 27 de abril en la que Carlos IX decía estar resuelto, en cuanto lo permitieran las ocasiones y el estado de sus negocios, á emplear sus fuerzas para libertar á los Países Bajos; y al frente de una tropa de hugonotes se presentó delante de las murallas de Mons y de Valenciennes, cuyas puertas se hizo abrir (23 y 24 de mayo).

II.—Carlos IX entre Catalina y Coligny

El de Nassau dejaba en París al almirante para que sostuviera su causa, organizara los esfuerzos y obtuviera la adhesión pública de Carlos IX, tarea difícil con un rey joven, impresionable y tornadizo, una reina madre celosa y dominada por el miedo, una corte dividida en bandos y un pueblo que detestaba lo bastante á los hugonotes para aplaudir el triunfo de los españoles. Tratábase de empeñar la lucha contra España con las fuerzas hugonotes y de arrastrar en pos de esta vanguardia herética á toda la nación católica; y Coligny consagró á esa generosa ilusión su voluntad, su corazón y su vida.

La sorpresa de Mons y de Valenciennes había sobreexcitado sus esperanzas, hasta el punto de que confiaba conquistar á la misma Catalina de Médicis. Un día encontró en la antecámara de la reina madre, en Saint-Cloud, á Brantome y á Strozzi: «¡Dios sea loado!, exclamó al verles. Todo va bien y antes de poco habremos expulsado á los españoles de los Países Bajos y habremos hecho señor de éstos á nuestro rey, ó moriremos todos y yo el primero, y no me sabrá mal perder la vida si la pierdo por tan buena causa.» Pero á las primeras victorias no siguieron otras: Valenciennes fué inmediatamente recobrada por los españoles, quienes,

además, sitiaron en Mons á Ludovico de Nassau, y aunque el almirante quería acudir en auxilio de éste, el rey, importunado por las inquietudes de Catalina, le impidió partir. La muerte de Juana de Albret (4 de junio) privaba á los protestantes de su mejor apoyo en la corte, de la reina de corazón varonil que había puesto al servicio del partido su consideración, su hijo y su reino. D'Andelot había muerto en 1569 y el cardenal de Chatillón en 14 de febrero de 1571; de modo que quedaban frente á frente Catalina y Coligny. Carlos IX había llegado ya á las desautorizaciones cobardes, y en una carta al señor de Vulcob, embajador en Viena (16 de junio) calificaba la agresión de Ludovico de empresa desgraciada é invocaba «el justo juicio de Dios sobre los que se alzan contra la autoridad de su príncipe.»

Sin embargo, Coligny, á fuerza de súplicas, consiguió que reuniera á los consejeros de espada y les sometiera la cuestión de los Países Bajos.

El duque de Anjou y su mentor Tavannes representaban al partido de los católicos y al de la reina madre, favorables á la no intervención. El almirante, con su lenguaje rudo, había interpelado un día á Tavannes diciéndole: «Quien impide la guerra de España no es buen francés y tiene una cruz roja (la cruz de España) en el vientre.» Los partidarios de la paz temían que en pleno Consejo se lanzara algún enérgico apóstrofe, por lo que Tavannes, «pretextando su sordera,» propuso que los debates se limitaran á la lectura de dictámenes redactados de antemano. El almirante expuso que la conquista de las Flandes era el medio de unir en una acción común á los partidarios de las dos religiones y calificó de fácil la empresa, puesto que las ciudades de los Países Bajos sólo esperaban una ocasión para sublevarse. El duque de Anjou opuso á esto la ruina de los pueblos, la debilidad de los efectivos de la gendarmería, el mal estado de las plazas fuertes, y las alianzas juradas á las que no debía faltarse por las promesas «de gentes desesperadas y arrojadas de sus haciendas.» Tavannes se atrevió á revelar el secreto de la oposición de los católicos, á saber: que el éxito no era cierto y que aun la misma victoria estaba preñada de peligros, pues el poder de los hugonotes llegaría á ser tan grande que «cuando mueran ó sean substituídos los que los dirigen con buena intención..., el rey y su reino habrían de hacer siempre lo que aquellos quisieran, siendo, por ende, preferible no poseer las Flandes á estar incesantemente sujetos á un amo» (26 de junio).

Las vacilaciones de Catalina ofrecían todavía á Coligny una probabilidad de éxito: «La reina fluctúa entre la paz y la guerra; el temor de la guerra civil la inclina á la extranjera...; como mujer, quiere y no quiere, muda de parecer y vuelve á cambiar en un instante.» Pero el miedo lo dominaba todo: «Aquí, escribía Petrucci en 4 de julio, se discute si procede ó no llevar la guerra á Flandes; muchos la preconizan y la querrían, pero el rey y la reina no quieren porque ya están cansados de tambores y trompetas.» En 5 de julio, Catalina escribía al papa que su hijo sólo forzado y obligado haría la guerra á Felipe II.

Las disposiciones de la Europa protestante justificaban su prudencia. Inglaterra calculaba las ventajas y los inconvenientes de una intervención y por celos de Francia se negaba á obrar de acuerdo con ella; Midle-



ISABEL DE AUSTRIA, ESPOSA DE CARLOS IX
(Cuadro de Francisco Clouet, 1560-1572, Museo del Louvre)